



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 32.

JUEVES 8 DE OCTUBRE DE 1863.
Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripción

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

EL MONTENEGRO, LA HERZEGOVINA Y LA SERVIA. (Conclusion.)—CUENTOS MORALES: AGRADECIMIENTO Y PROBIIDAD. (Conclusion), por Madama de Praslin.—UN DESEÑO, por Manuel Válcárcel.—CARLOS II DE ESPAÑA.—EDIMBURGO.—DON PEDRO EL CEREMONIOSO.—UNA NOCHE EN LA SELVA NEGRA: Cuento de cocina.—LOS VESTIDOS DE LOS ANIMALES.—A CONCHA, por M. V.—LAS NIÑAS Y LA MUSICA: LA CARIDAD, por Adolfo Miralles de Imperial.—TRAGEDIA, por Enrique Heine.—A. P., por M. V.—PENSAMIENTOS.

EL MONTE NEGRO, LA HERZEGOVINA Y LA SERVIA.

(CONCLUSION.)

El Montenegro, propiamente dicho, no se halla sin embargo desprovisto de toda riqueza natural. Sus aromáticos pastos sirven de alimento á excelentes rebaños de carneros y de bueyes que son objeto de su comercio de exportacion. Al Mediodia, al abrigo de los vientos del Este, se ven germinar la vid, los granados, los limoneros, los naranjos, los olivos, el tabaco y las moreras. Hacia el Norte, el centeno, la cebada, el maiz, la avena, las patatas, son, con los rebaños, los principales productos de que disponen sus habitantes.

Examinemos ahora la Herzegovina. El aspecto físico tiene en aquel pais por caracteres dominantes largas cadenas de montañas ó planina que se extienden del Noroeste al Sudeste, y pertenecen al sistema de los Alpes Dináricos; rios que se pierden en las entrañas de la tierra; llanuras pantanosas (polié) y lagos de corta estension. El Narenta riega el corazón del pais, el Drinc recorre la parte Noroeste y el Trebinchitz la meridional.

Mostar, capital de la Herzegovina, es una poblacion de 10,000 habitantes, situada sobre el Narenta en medio de vergeles, bosques de olivos y excelentes viñedos.

Al Sur y al Sureste de la comarca se hallan las villas de Trebigno, de Nikchitch, el distrito de Zubzi (con la Sutorina), y los de Gatzko, de Piva y de Drobniak, confinantes

con el Montenegro, y cuyos nombres han sonado frecuentemente en los últimos combates contra los turcos y montenegrinos. Tachlydja, al Este, puede considerarse todavía como uno de los lugares principales de la Herzegovina, y como la capital de uno de los tres livas ó departamentos herzegovinos; los otros dos livas son los de Mostar y Trebigno.

La Herzegovina no comunica con la mar mas que por dos lenguas de tierra que se internan de un modo singular en el territorio dálmata, y le cortan de la manera mas incómoda para el gobierno austriaco. Es por una parte la Sutorina, de la que hemos hablado ya, y por la otra el canton de Kek, que separa el territorio de Ragusa del resto de la Dalmacia. El gabinete de Viena, para desembarazarse de tan importunas intrusiones de terreno, ha propuesto á la Puerta en varias ocasiones cambios ó dinero; mas en vano; los turcos no han cedido, han querido conservar en aquel pais dos posiciones marítimas, y en verdad que no puede menos de aprobarse tal prudencia en un asunto de esta naturaleza.

Pasemos por alto la Bosnia propia y la Rascia, que no ofrecen en la actualidad el mismo interés de aspiracion á la autonomía que se observa en los demás paises servios; y entremos en la Servia, ó mas bien la Servia que aparece, al contrario, animada en sumo grado del deseo de la independencia. Limitada al Norte por el Danubio y el Save, al Oeste por el Drina, al Este por el Danubio y por el Timok, aquella comarca no tiene por el Sur fronteras bien determinadas: el Principado concluye por cierto en el monte Lepenatz; empero, física y etnográficamente considerado, prolonga todavía mas allá su dominacion por el depósito superior formado por el rio Morava hasta el Char-Dagh; encuéntrase allí con un territorio inmediatamente sometido al gobierno otomano, y es la Servia turca.

La Servia es en general montañosa, sobre todo al Sur. El Morava, que desemboca en el Danubio, es el rio principal. Kragonievatz, si-

tuada no lejos de aquel rio, es la corte oficial del Principado, porque su castillo es la residencia ordinaria de los príncipes. Las ciudades principales se hallan, sin embargo, á lo largo del Danubio. Haremos mencion desde luego de Belgrado (Beohrad en el idioma servio), que cuenta 30,000 habitantes, capital efectiva de la Servia, y cuya ciudadela, residencia de un bajá-gobernador turco, guardada por una fuerte guarnicion otomana, domina desde lo alto de una escarpada roca, la doble ciudad indígena, la una sobre el Danubio, la otra sobre el Save; semejante conjunto ofrece á la vista desde cierta distancia un magnífico anfiteatro y un aspecto sorprendente. Las casas, blanqueadas con cal y cercadas de jardines, producen el efecto de un deslumbrador mosaico de plata y verdura; pero como sucede por lo comun con la mayor parte de las grandes ciudades del Oriente, desaparece todo el prestigio á medida que el espectador se acerca: la ciudad situada á orillas del Save, es la mas miserable. Las familias turcas que han permanecido en la ciudadela, presentan por su parte los síntomas todos de una estremada pobreza unida á un orgullo exagerado.

Es notable, despues de Belgrado, la ciudad de Semendria ó Smederevo, que cuenta con 12,000 habitantes, antigua capital del Principado. Orsova, ó mejor dicho la Nueva-Orsova, en una isla del Danubio, es una célebre fortaleza, muy imponente en apariencia, aunque en estado decadente en realidad; hállese situada un poco mas abajo del punto en donde el Danubio franquea las temibles Puertas de Hierro.

La Servia es rica en producciones variadas. Tiene estensos bosques, en que abundan los pinos y los robles, entre otros árboles. La vid produce en algunas laderas de montañas vinos muy espirituosos. El maiz, el trigo, el mijo, proporcionan muy buenas cosechas, aunque la agricultura se halla en un estado de atraso lamentable. Espórtase tabaco, lino y cáñamo; véanse poblados bosques de manzanos cere-

zos, pero los pastos son el producto que mas importancia da á la Servia: la vida pastoril agrada especialmente á sus habitantes, que conducen los numerosos rebaños de ganado vacuno ya á las montañas, ya á los valles, segun la diversidad de estaciones. Espórtanse anualmente 260,000 cerdos estimados en 15.600,000 francos, y es sin duda alguna el mas considerable artículo del comercio de esportacion que ofrece un total de 17 á 18.000,000 de francos. Cázase el camello en sus elevadas montañas; las liebres, que echan durante el invierno un pelo largo y suave, les suministran con sus pieles un excelente abrigo; en fin, abundan tambien los lobos, los osos y los linces.

La Servia está dividida en 17 departamentos (en idioma servio *okroug*), al frente de cada uno de los cuales hay un prefecto (*natchanlik*): representa los departamentos un Senado (*soviet*) compuesto de 17 miembros, que toma participacion en el gobierno con el príncipe. Se reúnen además en determinadas épocas asambleas nacionales (*Skouptchina*), á las que son convocados todos los ciudadanos. Los servios tienen instituciones muy liberales, muy humanitarias, y sus costumbres son eminentemente patriarcales, como veremos en otra ocasion. Digamos no mas que aquel Estado, hoy día muy cercenado, tributario infeliz de los turcos, y que apenas tiene 1.000,000 de habitantes, fue en otro tiempo uno de los mas poderosos del Oriente. Comprendia bajo la dominacion de Ducham el Grande, en el siglo XIV, un espacio de terreno mayor que la Turquía europea actual: fácil es seguir la historia de la elevacion de aquel imperio, de su decadencia y varias consideraciones útiles sobre su porvenir en una obra muy interesante que acaba de publicar Mr. Henri Thiers.

Si al 1.000,000 de habitantes del Principado de Servia se agregan 1.100,000 de la Bosnia propia, de la Rascia y de la Croacia turca, 400,000 de la Herzegovina, 120,000 del Montenegro, se obtendrá un total de 2.600,000 habitantes, que constituyen la nacionalidad servia, esparramada en el imperio otomano. Ahora bien: este imperio no cuenta en Europa con mas que 2.000,000 de turcos, y tal vez no tiene 20,000 en la region donde se hallan reunidos los 2.600,000 servios. Concíbese fácilmente que la nacionalidad servia, compacta y numerosa, se avergüence de sufrir el yugo en presencia de otra nacionalidad tan imperceptible, y que esperimenta un vivísimo deseo de recobrar su independencia.

CUENTOS MORALES.

AGRADECIMIENTO Y PROBIDAD.

(CONCLUSION.)

Bourguignon quiso en vano que se llamara á un médico; Furcy repetía de continuo que era inútil. A pesar de los mas tiernos cuidados, el viejo se empeoraba de día en día; sintiéndolo él mismo, llamó una mañana á su hijo y sacando de entre el jergon un saco de tela, le dijo: «Toma, hé aquí 1,000 francos que he ahorrado para tí; tú has ganado con tu trabajo la mayor parte de esta cantidad, que por completo te pertenece: aunque no tienes mas que trece años, estoy seguro de que harás buen uso de este dinero: con él principiarás tu fortuna; recíbelo con las mas tiernas bendiciones de tu padre.—Sí, padre mio, contestó Bourguignon sollozando, yo haré buen uso de él.»

Al pronunciar estas palabras, cayó de rodillas; su padre le bendijo, imploró para él la proteccion divina, y le recomendó que guardara el dinero en una cómoda medio estropeada que tenia un cajon con su cerradura y su llave. Dejándose entonces caer sobre el jergon, el pobre viejo mandó á su hijo que fuera al momento á buscar á un sacerdote Bourguignon corrió desatinado á casa del cura; de allí envió á Clermont á un hombre para que

trajera á un médico. Le dió de antemano 6 francos, encargándole que fuera á toda prisa.

Furcy recibió los sacramentos mientras que su hijo prosternado á los pies de su cama, rezaba con el mas profundo fervor. Despues de haber cumplido los deberes de la religion con la piedad mas edificante, el viejo tuvo aun tiempo de estrechar á su hijo contra su corazón. Algunos minutos despues, víctima de una parálisis general, perdió á la vez el sentido y la palabra. La pena de Bourguignon fue excesiva; sin embargo, como su padre respiraba todavía, conservó un resto de esperanza y suplico al sacerdote que le enviara el mejor enfermero del pueblo, enseñándole 1,000 francos, toda su fortuna, la cual estaba decidida á sacrificar para contribuir al restablecimiento de su padre. El cura, conmovido al ver su amor filial, le aconsejó que perseverara en tan buenos sentimientos, asegurándole que Dios le recompensaría.

El médico halló á Furcy en el mayor peligro: «Quizás se le pudiera aliviar, dijo, pero seria preciso prescribirle una curacion muy costosa.

—No perdoneis medio alguno, dijo Bourguignon al médico, y disponed de cuanto poseo.»

Bourguignon alquiló en efecto un baño y mandó traer de Clermont las medicinas prescritas. Gastó de muy buena gana 7 ú 8 lises, y como no bastaba un enfermero solo, hizo que viniera además otro.

Furcy permaneció tres meses en el mismo estado; su hijo no perdonaba gasto alguno para aliviar su mal: fue preciso comprar sábanas, servilletas y camisas. Mas todo fue inútil: el pobre enfermo, llegando por fin á la agonía, espiró en los brazos de su hijo, que gastó casi todo lo que le quedaba en el entierro y en las misas que mandó decir por el reposo de su alma.

Cumplidos todos estos deberes y todos los gastos pagados, no le quedaban á Bourguignon sino unos 100 francos; el pobre chico se consolaba diciéndose á sí mismo: «El dinero que he gastado ha prolongado al menos un poco su existencia.»

Se resolvió á abandonar por siempre la Auvernia, y sin perder mas tiempo, partió á París. Al principio se puso á trabajar sin ambicion y con indolencia; pero los consejos que le dieron sus protectores avivaron su ánimo y su emulacion. El cura de su pueblo tenia un pariente en París, á quien escribia de vez en cuando; en una de sus cartas, le contó parte de lo que Bourguignon habia hecho con su padre. El pariente del cura conocia á Mr. de Williers, dueño de la casa de los Fuldenses; éste al saber lo que habia pasado se conmovió tanto mas, cuanto que Bourguignon no habia alabado su propia conducta, habiendo solamente dicho que habia tenido la desgracia de perder á su padre; Mr. de Williers quiso recompensar su amor filial y proporcionarle á la vez algun dinero: abrió en secreto para él una suscripcion que produjo 360 francos, los cuales le fueron dados sin explicarle el verdadero motivo del regalo, temiendo que su dolor se renovara. Todos le aconsejaron que trabajara con actividad, lo cual hizo por agradecimiento á sus protectores.

A medida que Bourguignon iba teniendo mas edad, el portero Chassin le prestaba mayores servicios: dos ó tres personajes muy ricos habitaron sucesivamente en la casa; Chassin les recomendó particularmente á su joven amigo, con cuyo motivo ganó Bourguignon mucho dinero. Como sabia leer y escribir muy bien, desempeñaba toda clase de encargos. A los diez y seis ó diez y siete años, habiendo duplicado su capital, poseia unos 1,500 francos. Siguió su carrera con la misma felicidad, sin perder á ninguno de sus protectores, y siempre con la ayuda de Chassin, que era para él como un padre. De esta manera llegó hasta los treinta y ocho años, habiendo colocado una cantidad de 4,000 francos, que hubiera podido ser mucho mayor si la caridad cristiana no le

hubiera acostumbrado, desde su niñez, á distribuir entre los pobres algunas limosnas y á socorrer de cuando en cuando á sus compatriotas desgraciados.

Queriendo sin duda el cielo recompensar una vida laboriosa consagrada enteramente al trabajo y á la virtud, le llamó á sí de la manera mas inesperada. Un día, mientras hacia un encargo, tuvo una caída y se dió un golpe muy fuerte en la cabeza; no haciendo caso de semejante accidente ni siquiera tomó la menor precaucion. Sin embargo, se le formó un absceso en la cabeza y en breve sintió fuertes dolores; á los cuarenta dias se encontró tan mal que mandó que le llevaran al hospicio de la Caridad. Allí le declaron que no habia esperanza de salvarle, y entonces, despues de haber llenado todos los deberes de la religion, mandó que llamaran á un notario y le dictó un testamento en el cual, declarando que no tenia ni hermano, ni hermana, ni pariente cercano, disponia que se distribuyera la cantidad de 4,000 francos de la manera siguiente: 500 francos al hospicio de la Caridad; 400 para los pobres; 100 para las misas y 1,000 escudos para su bienhechor y su amigo Chassin, portero en la casa de los Fuldenses.

Pocas horas despues de haber hecho y firmado su testamento, recibió la visita de Chassin que nada sabia de semejante disposicion testamentaria y que, desde que estaba enfermo, iba á verle regularmente todos los dias. Chassin se asustó al encontrarle tan débil y abatido, y su dolor fue extremo cuando supo que no habia esperanza de salvarle. En efecto, rodeado de todos los consuelos de la religion y de la amistad y en medio de los recuerdos mas puros y virtuosos, espiró Bourguignon tranquilamente aquella misma noche.

Ya os podeis figurar cuán grande fue la sorpresa de Chassin, cuando recibió el testamento de su amigo y los 1,000 escudos que le dejaba. Despues de haber reflexionado algun tiempo, exclamó: «Yo no debo guardar este dinero; mi amigo no tenia mas que doce años cuando se marchó de Auvernia; es posible que tenga, sin saberlo, en aquel pais, algun pariente pobre, y de eso me debo yo informar.» Preocupado con esta idea, escribió Chassin al momento á Auvernia, con el objeto de adquirir sobre el particular las mas detalladas informaciones.

Sus pesquisas no fueron infructuosas, y al cabo de algun tiempo descubrió que existia cerca de Chiers un pariente lejano de Bourguignon, que tambien se llamaba Furcy y el cual se hallaba con siete hijos en la mayor miseria. El honrado portero no vaciló un momento, y envió los 1,000 escudos á aquel hombre. No se vanaglorió de semejante accion, mas como se habia valido de muchas personas en las pesquisas que habia hecho en Auvernia, tan generoso procedimiento llegó á oídos de cuantos le conocian. Su amo, Mr. de Williers, se enterneció al tener noticia de tan buena accion y cuando espresó su admiracion á Chassin, éste le contestó que no encontraba mérito á lo que habia hecho, que *aquel dinero le hubiera atormentado*, y que por lo demás no necesitaba una cantidad tan grande, puesto que tenia un amo con el que nada le faltaba y el que de seguro se acordaria de él en sus últimos dias.

Mr. Williers contó esta historia á varias personas y entre otras á Mr. Marmontel, que vivia en su casa (1).

Hacia poco que la Academia francesa habia fundado un premio anual para recompensar la accion mas virtuosa: dicho premio consistia en una medalla de oro de 1,200 francos. Monsieur Marmontel, creyendo con razon que Chassin la merecia, propuso á la Academia que se la concediera, lo cual se verificó.

Chassin quedó sorprendido al ver una mañana entrar en la portería á los diputados de la Academia francesa, entre los que se encontraba Mr. Marmontel; le anunciaron que ve-

(1) Y tambien al abate Morellet.

nian á entregarle, en nombre de la Academia, la medalla de oro como un homenaje á su virtud. Chassin, no comprendiendo lo que pasaba, pidió esplicaciones y cada vez mas sorprendido dijo por fin: «Señores, estoy sumamente agradecido á vuestra bondad, pero no merezco, en verdad, semejante recompensa, pues no he obrado mas que segun mi conciencia.

La sublime sencillez de esta respuesta probó hasta lo sumo cuán digno era Chassin del honor que se le tributaba.

Esta aventura se divulgó es'raordinariamente: todo el mundo quiso ver á Chassin y algunas señoras de la corte fueron á visitarle. También le hicieron un retrato que fue puesto en una de las salas de la Academia.

La Providencia recompensó verdaderamente á Chassin; esta gloria humana no llegó á conmovérle, y el premio de su virtud lo encontró en la amistad de su excelente amo Mr. de Williers. Chassin se quedó ciego á la edad de sesenta años. Mr. de Williers le llevó á una de sus tierras y puso un criado á su disposicion: allí vivió Chassin hasta la edad de noventa y cuatro años, siendo de continuo objeto de los mas tiernos cuidados y muy querido y respetado de todos: su vejez fue, hasta el fin de su larga carrera, perfectamente feliz. (1)

MADAMA DE PRASLIN.

UN DESENGAÑO.

¡Del hombre cuán desgraciada,
cuán triste es la condicion,
que si abriga una ilusion
ve que la ilusion no es nada;
y en tanta ilusion soñada
tantas cosas encontrar
llegan por fin á amargar
la vida del que en su empeño,
no ve que la vida es sueño,
que le agita sin cesar.

Si hay en su pecho un amor
puro, inestinguible ardiente,
amor que halló en el ambiente
de un ensueño embriagador,
muy pronto cual bella flor
por el viento combatida
ve su hermosura querida
á sus embates morir,
y el alma se llega á herir
y no cura de la herida.

Si un dia acaso le alienta
la imagen de la esperanza,
el desengaño que alcanza
su esperanza desalienta.
¿Quién las amarguras cuenta
del que viviendo afligido
siente sonar en su oído
dulce acorde celestial,
que despierta por su mal
recuerdos de un bien perdido?

Por eso siempre se adora
el fantasma del pasado,
sin ver que en él ha llorado
el alma que por él llora.
¡Ténue sombra engañadora
que nos encubre el ayer!
¿por qué hacernos padecer
con tu dulzura mentida,
si empieza al morir la vida,
y morimos al nacer?

¿Por qué la primer pasion
que al corazon consumiera
le muestras con saña fiera
sin cesar al corazon?
¿No ves que ya la ra on

(1) Estos detalles son en todo punto exactos; el autor los sabe de una persona respetable, cuñada de Mr. Williers, que ha tenido á bien comunicárselos en una reseña llena de interés y de gracia, á la cual se deben los rasgos principales de esta historia.

ha apagado su ardimiento?
¿No sabes que ya no siento
sino el continuo pesar
de haber podido abrigar
la llama del sentimiento?

¡Infeliz quien al nacer
no huyó del impío mundo,
y un vago anhelo profundo
en su seno vió crecer!...
¿Qué es la vida? Torpe ser.
¿Qué es la gloria? Falso aliño.
¿Qué el verdadero cariño,
sino un dulcísimo nombre,
que lo prostituye el hombre
y no lo comprende el niño!

¡Mentida luz de mi gloria,
ténue sombra de mi amor,
cruel realidad de un dolor
tormento de mi memoria:
dejadme solo en la escoria
que el mundo sabe allegar,
que es un horrible penar
eso de ver, y querer,
y despues de querer ver
que no fue mas que soñar!

MANUEL VALCARCEL.

CÁRLOS II DE ESPAÑA.

Cuatro años escasos contaba Carlos II, cuando subió al trono de España, y de consiguiente fue preciso que su padre le dejase encomendado en tutela. Su minoridad y su reinado fueron sumamente borrascosos. Baste decir que llegó la nacion á un estado de pobreza y desorganizacion increíbles; los desórdenes en la corte fueron escandalosos, mantuviéronse tres guerras con Francia, perdiéronse muchas posesiones extranjeras y disputáronse la posesion del reino algunos otros monarcas y príncipes de Europa. A tal estado llegó la incapacidad del mismo monarca, aun cuando llegaba á creerse de sobra por su edad apto para gobernar el reino. ¡Pero vana ilusion! Las supersticiones del monarca, su quebrantada salud, las ficciones de los cortesanos, todo concurría para que se supusiese hechizado al rey, exorcizándole su confesor el padre Froilan Diaz, y escandalizado el pueblo, pedía la separacion de los que le rodeaban. Todo en balde. El pusilánime Carlos terminaba su reinado despues de tener envuelta la nacion en continuados desastres durante muchos años, casi sin tener valor para declararse sucesor, hasta que al fin designó á Felipe de Borbon, duque de Anjou, espirando en 1.º de noviembre de 1700. Sabido es que su testamento y la ambicion de los que querian ocupar el trono de España, promovieron una sangrienta guerra en el suelo mismo de España, hasta que al fin solidificó Felipe V sus derechos á la corona con la suerte de las armas y la prosperidad que supo dar á la nacion española tan pronto como inauguró su reinado.

EDIMBURGO.

Esta famosa ciudad es la capital del condado del mismo nombre, y del antiguo reino de Escocia. Está situada cerca del golfo de Forth, y dista 120 leguas de Londres. Su poblacion es de unas 180,000 almas. Edimburgo envia dos diputados á la Cámara de los comunes, y sus barrios uno. Ha sido en otro tiempo residencia de los reyes de Escocia y asiento de un parlamento político. Tiene una ciudadela (*castle*) y una biblioteca famosa que encierra mas de 70,000 volúmenes. La ciudad se divide en *nueva* y *vieja*. En uno de sus extremos tiene el castillo y palacio de Holyrood, fundado en 1128. Tiene además una universidad, fundada en 1582, una sociedad de botánica, otra de ciencias, otra de anticuarios, etc.

DON PEDRO EL CEREMONIOSO.

Pon Pedro IV de Aragon, llamado el Ceremonioso, nació en 1319, sucedió en 1336 á su padre Alfonso IV, y se unió á los reyes de Navarra y de Castilla para combatir los moros. Las rebeliones de Cerdeña y sus enemistades con el rey de Castilla *Pedro el Cruel*, ocuparon la mayor parte de su reinado. Despojó en 1343 del reino de Mallorca á Jaime II, y reunió á sus Estados las Baleares y el Rosellon. Introdujo en Aragon el ejército permanente, dictó muy notables leyes, y falleció en 1387 dejando el trono á su hijo Juan I.

UNA NOCHE EN LA SELVA NEGRA.

CUENTO DE COCINA.

I.

Terminado nuestro viaje de curiosidad y recreo por las riberas del Rhin, propiamente dicho, quisimos visitar especialmente este misterioso pais que una poesia vulgar ha apellidado sin fundamento acaso, la *Selva Negra*.

Los turistas modernos, con una superficialidad ligera y culpable á veces, apenas se han ocupado de analizar personalmente ese largo capítulo de alarmantes nombres, que corresponden por su estraña originalidad al título colectivo de que tanto ellos, como los puntos á que se contraen, son simples accidentes geográficos que sorprenden la imaginacion y la halagan bajo el fatídico velo de su misma poesia.

Y en verdad, que bien merecen los honores de una visita de curiosidad, al menos bajo su verdadero punto de vista, entre otros varios sitios notables de esa misma comarca, los siguientes:

Las orillas del Lago salvaje.

Los barrancos del valle del Infierno.

El campo de los Muertos (no el de Contantinopla).

El prado de la Traicion maldita.

La peña del Angel.

La silla del Diablo.

La garganta del Lobo.

La calle de los Suspiros.

La Caberna encantada.

El camino del Eco.

El castillo de las Sombras pálidas.

El paseo de los Fantasmas.

Y tantos otros por el estilo en que el genio aleman ha agotado los mas estraños recursos de esa poesia romántica á que con tan vivos colores se presta su imaginacion melancólica y reflexiva.

La Selva Negra comprende esa gran cadena de montañas de cuarenta y cinco leguas de longitud por una latitud que varía de ocho á diez y seis, y que se estiende sobre los territorios del ducado de Baden y del reino de Wurtemberg.

Sus diversas alturas barométricas descuellan en su cúspide áridas y desnudas, mientras que sus faldas y sinuosidades, mas ó menos pronunciadas, descienden en un sistema casi uniforme y sensible apenas, de aplastadas colinas hasta las fértiles llanuras de la Suavia por el Norte y Este, formando un plano inclinado pintoresco, en el que descuellan frondosos bosques y praderas magníficas, regadas por murmurantes arroyos.

II.

De los baños de Ripoldsan, á donde habíamos venido desde la inmediata ciudad de Strasburgo, salimos una tarde por simple curiosidad con direccion á los risueños valles de la Selva Negra.

Esta excursion de mero capricho y pasatiempo, tenia solo el mérito de una simple caminata en cierto modo, sin determinado objeto, lo cual venia á darla cierto aire de ligereza; así es, que no prometiendo, por decirlo



D. Pedro el Ceremonioso.

asi, un veemente estímulo, solo dos de mis jóvenes amigos me siguieron, dejando de hacerlo los demás por la sencilla razón de ha-

llarse rendidos por la fatiga de esa vida de agitación continua que llevábamos.

Víctima de uno de esos frecuentes chascos

que suele experimentar el viajero, no tardé en empezar á arrepentirme acaso de lo que empezaba ya á llamar no sé por qué temeridad mia, admitiendo en conciencia é intuitivamente toda la estension del reproche. Hubo personas mal intencionadas, que abusando de mi credulidad y explotando mi propia ignorancia, me aseguraron que distaba muy poco el punto á donde nos dirigíamos, participando de esta inteligencia malévola mis dos compañeros de aventuras, que me sirvieran también á la vez de guías y á quienes debió luego pesar su complicidad en el engaño, por mas que se hayan obstinado siempre en negarlo. Lo cierto es que se nos ocultó el sol en el occidente, y que entramos en un sombrío crepúsculo sin alcanzar nuestra llegada al punto á que nos dirigíamos.

La noche empezó á caer bastante lóbrega, cerrando luego oscura y tenebrosa como el limbo, y perdiéndonos en un dedalo de oscuridad profunda.

Entrábamos entonces en el *Valle perdido*, ó por otro nombre *Schapbach*, que á nombre á la poblacion de una villa inmediata, á un cuarto de legua de Wolfach.

De repente oímos una voz vigorosa de

—¡Alto ahí!!!

Ante la cual nos detuvimos.

III.

Al mismo tiempo un joven montañés con su carabina al hombro, un puñal y un hacha de monte al cinto, saltó ó por mejor decir, voló de un salto hacia nosotros desde un barranco, con una agilidad elástica, que hacia por cierto mucho honor á sus piernas y á la solidez de su musculatura.

Precisamente, en medio de nuestra situación pudiera ser aquel muy bien un hallazgo providencial que nos ocurriera, puesto que mis compañeros se habian visto precisados á confesarme su ignorancia en el conocimiento del terreno que hollábamos.

A las pocas palabras nos entendimos, y el joven se nos puso en razón, ofreciéndonos sus buenos servicios de guía en aquel terreno peligroso por lo desconocido en aquella hora. Convinimos al punto y no tardamos en ponernos á las órdenes de aquel hombre.

Llamábase Lotario, según nos dijo.

Una nube blanquizca que se improvisó súbi-



Edimburgo.

tamente hacia la parte de Levante, dilatada sobre la montaña su vaporoso penacho, y bien presto invadió casi la totalidad de la zona. Aquella nube de mal aspecto venia cargada de electricidad, y no tardó en anunciar su furioso vértigo, acompañado de un aguacero copioso.

Caminábamos casi á tientas por la falda de una altísima y fragosa montaña y por el mismo fondo del valle, agoviados por las rápidas cor-

rientes que descendieran de los barrancos, alumbrados únicamente por los relámpagos y aterrados por el continuo estallido del trueno que hacia rebramar la montaña con infernal estrépito.

Era aquel, en fin, un cuadro elemental de horroroso efecto, un juego sombrío y desencadenado que hacia conmover la naturaleza postrada.

Al compás de aquel rumor terrible, al res-

plandor de aquella luz fosfórica, vimos dibujarse allá sobre una escabrosa eminencia que parecia hender las nubes, una gran mole ruinosa, cuyos altos paredones informes recortaban sus espectros grises en el inflamado horizonte, donde se dibujaran.

—¿A dónde nos llevais? me atreví á preguntar al guia, el cual repuso con su frialdad clásica:

¿A dónde quereis que vayamos con mil dia-



Carlos II.

bles? Schapbach todavía dista sobre una milla, y no es caso de ser exigente por esta noche. ¿Veis esas ruinas que se distinguen allá arriba? Pues ahí vamos á pasar la noche, y entre tanto ya vendrá el día y cesará la tempestad, que es como veis, furiosa y poco dispuesta á conceder tregua.

—¿Podreis decirnos qué guarida es esa?

—Es el antiguo castillo de Valkenstein, de memoria fatal, os lo prevengo; pero entre pasar aquí bajo los halagos de la tempestad una velada maldita, y pedir una hospitalidad no muy grata á esas ruinas, me parece que la elección no debe ser dudosa. Sí, prefiero las bóvedas de esa mansion feudal con todas sus consejas y sus encantamientos, y que, si bien convertidas en nidos de lagartos, pueden todavía prestar una guarida y tal vez un descanso á los que, como nosotros, tienen el corazón templado y la fe encaminada á Dios.

—¡Valkenstein! exclamó aterrado Enoch, uno de mis compañeros.

—Y bien! repuso Lotario con mucha indiferencia.

—Valkenstein, prosiguió aquel, es una antesala de los infiernos, donde esperan audiencia ciertos condenados que suelen matar el tiempo mortificando al prójimo que tiene la desgracia ó la indiscreción de profanar su tétrica morada.

—¿Os burlais? dije á mi vez, alarmada mi curiosidad por tal especie que venia á insultar mi despreocupación en punto á la existencia de espíritus materializados.

—Así se asegura al menos entre las gentes del país, contestó Enoch.

El montañés soltó una carcajada.

—Preciso es, sí, repuso éste, volviéndose á mí, que maese Enoch trate de burlarse de vuestra credulidad en punto á una especie que

debe estar bien lejos de la conciencia de una persona ilustrada y culta.

—¿Que si me burlo, eh? replicó Enoch, cada vez mas formal, preguntado á Klopper que me está oyendo y tiene pruebas de haberlo oído.

Klopper, el personaje aludido, que era otro compañero, permaneció mudo, como si nada oyera.

El agua que descendia por las vertientes rápidas detenía nuestra marcha y parecia querer arrastrarnos á los precipicios laterales del sendero circular que nos conducia al ruinoso castillo. Por fin llegamos á una de sus desquiciadas bóvedas, medio desplomada y obstruida por los escombros.

Tomamos allí aliento, porque veníamos empapados de agua y tiritando de frío.

Habia tambien quien tiritaba tal vez de miedo.

Dió un relámpago encendido, una de esas infernales parábolas que incendian al mundo, describiendo un rasgo indecible, como una serpiente de azufrado fuego, al cual siguió un trueno fragoroso, haciendo retemblar la montaña con su rötundo eco.

A aquella especie de movimiento de trepidación vino de pronto á tierra un trozo de aquellas ruinosas paredes seculares.

Klopper se santiguó y no repuso á cuantas escitaciones se le hicieron para que desechara la especie de pánico que le poseía. Era evidente que rezaba en secreto.

Lotario, imperturbable siempre y con la sonrisa de la incredulidad en sus labios, apenas hubimos descansado un instante, se hizo seguir de nuevo y nos condujo, saltando con gran riesgo, por aquella informe masa ruinosas, á un patio algo obstruido por los escombros y donde las yerbas parásitas y el musgo habían formado una alfombra compacta que cubriera aquel suelo encharcado por la lluvia. De allí entramos á una pieza algo mejor conservada que las anteriores y que formaba parte del departamento austral de la fortaleza, compuesto de una vasta aglomeración de torres cuarteadas y desplomados murallones, agrupado todo y confundido, como una masa informe y cenicienta, á la cual el brillo de los relámpagos daba cierto aspecto fantástico en aquella hora.

IV.

El guía que debiera estar bien práctico en aquellos sitios, trepó por unos peldaños invisibles por la oscuridad, y oímos al punto el crugido violento que debió producir un objeto de madera al quebrarse.

El montañés volvió luego trayendo un gran tablero de madera resinosa que deshizo en astillas con su hacha de monte, y con las cuales encendió una hoguera allá en el fondo de aquella pieza sombría y solitaria.

Fuimos colocándonos alrededor del fuego para enjugarnos, y mientras tanto mi vista registraba sorprendida aquel siniestro albergue, se fijó en un objeto repugnante y terrible.

De la alta clave de aquella bóveda desquebrajada por el tiempo, pendía por medio de una cuerda invisible, el cadáver casi desnudo de un hombre, momificado, negro como el hollín y columpiándose sobre nuestras cabezas: los restos de sus vestidos, sucios, hechos girones, parecían chorrear sangre coagulada, ó al menos tal parecía serlo.

Por un movimiento instintivo, todas las miradas siguieron la dirección de la mia, para fijarse como ella horrorizadas en aquel triste despojo que el fulgurante brillo de las llamas iluminaba entre torbellinos de humo y chispas de un color fatídico é indescriptible.

Klopper, mas que todos, temblaba de terror: sentí estremecerse su mano crispada y trémula dentro de la mia, que lo estaba también poco menos.

Enoch por su parte revelaba en su azorada fisonomía cierto aturdimiento profundo, y lanzó instintivamente una sorda exclamación de sorpresa. Solo el montañés permanecía en la apariencia tranquilo, distraído en avivar el fuego de la hoguera que tomaba progresivamente un voraz incremento.

—¿No os lo dije? exclamó Enoch, alarmado visiblemente ante aquel espectáculo; ¿no os anuncié que Valkenstein es un dédalo de misteriosos crímenes? Heos ahí una prueba palpable de ello, y esta mansión hace espeluznar los cabellos é impone á todo el mundo, menos al señor Lotario, que al atreverse á invadir su recinto, acaso nos arrastra á lo que podemos llamar una profanación que puede traer sus consecuencias.

Lotario sonrió con desden y continuaba atizando el fuego con su impasible sangre fría: en su rostro atezado creí notar cierta contracción sensible con que pareció significar una especie de compasión burlesca.

—Tregua, señores, á las conjeturas, dijo

con marcado aplomo; la filosofía debe empezar por las reglas positivas de esta conservación, y yo me delaro campeón de la idea que reconoce un fondo tal de argumento: es decir, que ante todo y dejando aparte esas jaculatorias, es necesario pensar en la cena.

Mirámonos mis dos compañeros y yo sorprendidos. ¿Quién pudiera darnos de cenar allí en aquellas ruinas pobladas únicamente de buhos y sabandijas? ¿Qué providencia, en fin, había ocurrido á una necesidad imprevista, cual lo era nuestra llegada á aquella mansión solitaria y lúgubre?

(Se continuará.)

LOS VESTIDOS DE LOS ANIMALES.

Recorriendo la serie de los cuadrúpedos vivíparos, vemos con sorpresa la singular conformación de los tatos, de los pangolines, ó maníes, etc. La naturaleza, en esta otra clase, quiere copiarse, y presentarnos también una forma de vestido aun mas extraordinario, ofreciendo á nuestra vista la coraza singular de la tortuga. No es un simple envoltorio formado de bandas ó escamas óseas, sino una verdadera casa que el animal lleva siempre consigo, un lugar de refugio, un asilo protector, donde se pone á cubierto de los insultos de su enemigo. Ni las garras de las aves de presa, ni los dientes de los cuadrúpedos feroces, pueden arrancarla de su domicilio, ó si lo consiguen es con muchas dificultades. El techo de esta habitación es tan sólido, que la flecha mas acerada y lanzada con más vigor se embota al dar contra él, y por un efecto de la misma solidez, resiste á los esfuerzos mas violentos y aun á las mas bruscas sacudidas. Mientras que los otros animales se ven obligados á valerse, segun su género particular de industria, de mil estratagemas, para evitar las intemperies de la atmósfera, la tortuga por medio de un ligero movimiento, mediante una simple contracción de sus miembros y cabeza puede súbitamente arrostrar todas las incomodidades que la amenazan: la tortuga, bajo su escudo natural, se halla tan segura y abrigada como el animal que se ha escavado un retiro en las profundas é inaccesibles concavidades de una roca. Este envoltorio óseo, ó esta coraza, ordinariamente está formado de dos grandes broqueles, mas ó menos redondeados, y unidos por los lados mediante fuertes ligamentos: la parte superior de la coraza, el broquel que cubre el dorso, se llama *carapacho*: está soldado con la espina y costados, es abovedado, y se halla cubierto exteriormente de una cierta cantidad de piezas óseas ó de escamas, que varían en forma, grandor y número, segun las especies, y hasta segun los individuos; los bordes de dichas escamas son dentellados, y se engargantan unos en otros. Su arreglo y disposición deben observarse atentamente: las láminas del disco, ó de en medio, están comunmente dispuestas en tres filas longitudinales, siendo mayor la intermedia, y teniendo una lámina mas; la márgen tiene ordinariamente veinte y dos ó veinte y cinco escamas.

El broquel ó escudo inferior está soldado con el esternon y ha recibido el nombre de *peto* (*plastron*): frecuentemente es casi ilano, menos duro y mas corto que el carapacho, el cual sobresale por todos los lados, y principalmente en la parte posterior: el número de escamas de que se halla revestido varía segun las especies. Como dichas escamas se derriten á un fuego bastante suave, la industria del hombre ha sabido aprovecharse de esta propiedad, para reunir las, vaciarlas y hacer tomar diferentes figuras, con tanta mas ventaja en cuanto muchas de ellas tienen un color muy hermoso, son semi-transparentes, y compuestas de una sustancia elástica.

El envoltorio de las tortugas tiene aberturas para la salida de la cabeza, de las patas y de la cola, y el animal retira hácia dentro

estos miembros cuando quiere sustraerse al peligro. Las tortugas tienen el cuerpo bastante lleno ó rehecho; la cabeza gruesa, de una forma casi igual á la de las serpientes; cuatro pies y una cola corta; el hocico es redondeado, algunas veces prolongado en punta, y en su estremidad se encuentran las narices; las mandíbulas son tan fuertes que cortan lo que cogen, hallándose provistas ó guarnecidas de una sustancia dura, córnea y cortante, que ocupa el lugar de los labios y dientes, á lo menos en la mayor parte; así es que ramonean con mucha facilidad las plantas de que se alimentan: los ojos son bastante abultados y salientes; el conducto auditivo está cubierto por la piel, y no puede reconocerse sino por las escamas particulares que lo ocultan.

La estructura interior de las tortugas nos ofrece algunas particularidades dignas de atención: la vejiga, órgano poco observado ó casi nulo en la mayor parte de los cuadrúpedos ovíparos tiene un volumen considerable. El número de las vértebras del cuello de las tortugas excede también mas ó menos al de los lagartos, salamandras, ranas, etc. La cabeza, cuello y pies están cubiertos de una piel llena de pequeñas escamas, lo mismo que la de la mayor parte de reptiles, bastante floja para prestarse á los diversos movimientos que tiene de ejecutar el animal cuando quiere andar ó nadar y que cuando aquele está retirado al interior forma muchos pliegues y á veces una especie de capucho al rededor de la cabeza.

Las tortugas varían mucho en magnitud: las hay que tienen mas de cuatro pies de espesor vertical, en la parte mas elevada del dorso, y que pesan hasta ochocientas libras: las cubiertas constituyen cerca de la mitad de este peso; la superior tiene de cuatro á cinco pies de longitud, y de tres á cuatro de anchura. Las especies mas pequeñas algunas veces no llegan á pesar una libra, y su mayor diámetro no pasa de pocas pulgadas. Estos animales tienen una vida dura y muy larga, si hemos de creer algunos autores quienes aseguran que llega hasta ochenta años. Segun el testimonio de Rédi, una tortuga terrestre vivió diez y ocho meses sin probar alimento alguno; y ha visto otra que vivió seis meses sin cerebro, habiéndose cerrado la abertura del cráneo, al cabo de tres dias, por medio de una membrana, pero no abrió mas los ojos. Otro individuo al cual habia cortado la cabeza, vivió veinte y tres dias. Su alimento consiste en diferentes yerbas, gusaros, insectos y aun peces. Se dice que su cópula dura de ocho á treinta dias. La manera de vivir de las tortugas no es igual. El vasto imperio de los mares es el clima de las unas, y estas difieren esencialmente de las demás por la forma de sus pies. Necesitaban de remos y la naturaleza se los concedió; sus pies están dispuestos á manera de nadaderas ó aletas; sus dedos son largos, desiguales y ensanchados por su estremidad; los que están colocados hácia la parte exterior son los solos que tienen uñas distintas, pero muy pequeñas. Las orillas de los ríos, y en general las aguas dulces forman la habitación de un gran número de especies de tortugas; los pies de estas pueden servir á la vez para andar y nadar; sus dedos son cortos, casi iguales, armados de uñas largas y ganchosas, y mas ó menos reunidos por medio de una membrana. Otras especies hay que viven en los terrenos secos y montañosos; sus dedos son un poco mas largos, mas fuertemente unguiculados, y menos palmados que en las últimas.

En fuerza de estas tres especies de hábitos, se han dividido las tortugas en marinas, fluviátiles y terrestres. Las especies que viven en el mar tienen el cuerpo mas escamoso, el peto mas pequeño y con cuatro filas de láminas, dos mas que en el resto de las otras; las aberturas de la coraza son mayores, y el animal, aun en el estado de contracción, no se halla enteramente cubierto por el carapacho, cuya superficie es menos combada que

la de las tortugas fluviales y terrestres; re-
versadas sobre el dorso, estas pueden levan-
tarse, pero aquellas puestas en igual caso se
esforzarían inútilmente para conseguirlo. Aun
cuando no se tuviese mas que el envoltorio
óseo de una tortuga, en virtud de lo que he-
mos dicho sería fácil decidir por el número de
filas de escamas de peto, si aquel envoltorio
perteneciese ó no á una especie marina. Yo he
notado á mas otro carácter distintivo ó que á
lo menos tiene muy pocas excepciones: las
tortugas marinas tienen su peto figurado á
manera de una especie de cruz. La tortuga
serpentina es la única, de las especies fluvia-
tiles, que contraria esta nota indicativa.

Al hablar de la forma de las tortugas no
hemos examinado mas que sus relaciones ge-
nerales. Algunas especies, aunque muy po-
cas, se separan de las demás, ya por el cara-
pacho, que no está guarnecido de escamas, y
cuya sustancia á veces ni siquiera es ósea,
ya por la falta de peto: el hocico de algunas
tortugas es cartilaginoso en su extremidad,
prolongado en forma de trompeta, y bastante
parecido al hocico de un topo. Todos estos ca-
racteres son muy buenos para una exacta di-
vision genérica, pero me limitaré en este ar-
tículo á describir el mas notable individuo de
su numerosa familia ó sea: la gran tortuga, ó
tortuga marina. (*Testudo mydas*.)

Linneo y Mr. de Lacépède han dado por
carácter á esta especie el no tener mas que
una sola uña en los pies traseros. Schœpff di-
ce formalmente en su bella historia de las tor-
tugas, que esta tiene, lo mismo que la Carey
y la caoua, dos uñas en cada pie. Me parece
que la conformación del carapacho de la tor-
tuga ofrece caracteres mas fáciles de notar y
menos equívocos. El carapacho es ovalado, de
un verde oscuro que se convierte en un color
moreno ó negruzco; está cubierto en su parte
superior de unas pequeñas escamas que no
están recargadas ó imbricadas por sus bordes,
como en la Carey, y las del disco, exceptuan-
do las del dorso, no forman, á lo menos en
los adultos, una quilla bien pronunciada. Los
pies de la tortuga marina, á proporción, son
mas grandes que en las especies cercanas: la
cola es tambien mas puntiaguda. La tortuga
marina llega á una magnitud considerable. Se
ven individuos que tienen de seis á siete pies
de longitud, contando desde el hocico hasta
la extremidad de la cola, tres ó cuatro de an-
chura, y unos cuatro de espesor. Su peso es
entonces de cerca de ochocientas libras. A
veces se encuentran tambien individuos mu-
cho mayores, y cuya carne puede sufragar
para una comida de cien personas. El cara-
pacho sirve de barquichuelo á los salvajes, y
dos bastan para la construcción de una ca-
baña.

La cabeza, patas y cola de la tortuga mari-
na, tiene la piel defendida, como la del cuer-
po de los lagartos y de las serpientes, por un
gran número de pequeñas escamas: las del vé-
rtice de la cabeza son mayores; su cerebro, se-
gun dicen no es mayor que una haba; la boca
se abre hasta mas allá de las orejas; las man-
díbulas no están armadas de dientes, pero las
encías son muy duras, muy fuertes, y sem-
bradas de muchas asperezas; con este pode-
roso auxilio ramonean las plantas marinas, y
rompen los mariscos de que tambien se nu-
tren; algunas veces, ni las piedras pueden
resistir á la acción de dichas mandíbulas: el
hocico es casi cónico, comprimido, y un poco
mas corto que el de la Carey. El carapacho es
oval y sus bordes forman como varios visos; el
disco ó parte media de la cubierta superior es
poco convexo á modo de albardilla en el medio
de su longitud; está cubierto de trece láminas
ó escamas, que á veces caen, lo mismo que las
de la circunferencia, por efecto de una gran-
de desecación ó de otro accidente; las cinco
del dorso son desiguales, mas anchas que lar-
gas, exagonales, excepto la última, que se
parece á un segmento de círculo truncado en
su extremidad: las escamas laterales tienen
cinco lados; las láminas que forman la már-

gen del carapacho, son ordinariamente en nú-
mero de veinticinco, pequeñas, cuadradas,
casi todas muy parecidas, exceptuando la pri-
mera, que es mas estrecha y mas larga; la sa-
lida que forma uno de los ángulos exteriores
de cada lámina hace que el contorno parezca
dentellado ó festoneado: la edad, sin embar-
go, produce algunas modificaciones en el nú-
mero y figura de dichas escamas. Fougereux de
Bondaroy ha observado, que el carapacho en
el agua, parecia de un gris claro con man-
chas amarillas.

El peto, menos duro y mas corto que el ca-
rapacho, se compone de veinte y tres á vein-
te y cuatro láminas, dispuestas en cuatro filas.
Los pies de la tortuga marina, como los de las
otras especies marinas están prolongados y
dispuestos en forma de verdaderas aletas; sus
dedos son anchos, deprimidos, y excepto uno
ó dos, terminados con una uña grande y mem-
branosa: los pies anteriores son mas estrechos,
se encorvan á alguna distancia de su origen, y
disminuyen insensiblemente su anchura hacia
su extremidad; tienen la figura de una aleta;
los pies posteriores son mas cortos que los de
delante, de los cuales difieren tambien un
poco por su forma; su extremidad está dilata-
da y redondeada. Segun Mr. de Lacépède, el
primer dedo ó el exterior, es el único que está
armado de una uña aguda, mientras que en
los pies de delante los dos dedos interiores es-
tán exclusivamente provistos de semejantes
uñas. Las tortugas marinas son asi, entre los
cuadrúpedos ovíparos, lo que las focas entre
los animales con tetas; destinadas á vivir ha-
bitualmente en medio de las aguas, sus pies no
pueden servirles sino para nadar, y unos re-
mos han ocupado el lugar de aquellos órganos
del movimiento.

«Uno de los mas bellos presentes que ha
»hecho la naturaleza á los habitantes de las
»regiones ecuatoriales, dice Mr. de Lacépède,
»otra de las producciones mas útiles que ha
»depositado en los confines de la tierra y de
»las aguas, es la grande tortuga de mar, á la
»que se ha dado el nombre de marina. El hom-
»bre emplearia con mucha menor ventaja el
»arte de la navegación, si en las riberas leja-
»nas, do le llaman sus deseos no encontrase
»en un alimento tan grato como abundante,
»un remedio seguro contra las fiebres con-
»secuencias de una larga morada en un espa-
»cio circunscrito, y en medio de las sustancias
»medio putrefactas que el calor y la humedad
»alteran de continuo. Este alimento precioso
»le es suministrado por las tortugas; y estas
»le son tanto mas útiles, en cuanto habitan
»especialmente en aquellas ardientes regiones
»en las cuales un calor mas vivo acelera el
»desarrollo de todos los gérmenes de corrup-
»ción.» La carne de estos animales contiene
un jugo sedante, nutritivo, incitante y dia-
forético, cuya eficacia para combatir la pul-
monía, el escorbuto y demás caquexias ha
sido comprobado repetidas veces.

(Se continuará).

Á CONCHA.

Eres Concha la mas niña,
eres Concha la mas bella,
eres Concha la mas dulce,
la mas amable y discreta;
no puede hallarse defecto
en tu porte y gentileza,
que llena de perfecciones
viste la faz de la tierra;
mas como los hombres siempre
con intencion, ó sin ella,
suelen torcer atrevidos
la ley de naturaleza,
diéronte por nombre un nombre
de tan grande transcendencia
que bien puede dar motivo
á versiones picarescas.
Ellos sin duda atendieron
tan solo á la consecuencia

de que dentro de una concha
siempre se esconde la perla;
pero analizar debian
un poco mas sus ideas
que una concha, tambien puede
ser la concha de una almeja;
y si de conchas en conchas
á considerar se llega
que la concha imita al cuerno
con imitacion perfecta,
juzga de la gran desgracia
del triste que te quisiera
pues al decir—Soy de Concha,
muchos sin duda creyeran,
que con su Concha podian
ir á fabricar peinetas.
Cuida pues de que tu nombre
causa de males no sea,
sé Concha del peregrino
que á Roma llevarte deba,
no del que te aprecie Concha
para apuntar sus comedias
porque de fijo al pasar
la temporada primera,
solo volveria á tí
para cantar á tu puerta.
Quédate Concha con Dios
que quien te robó tu perla
aunque tienes muchas conchas
por desconchada te deja.

MANUEL VALCARCEL.

LAS NIÑAS Y LA MÚSICA.

Soy músico, lectoras,
Y en tal concepto,
Califico á las niñas
Segun su aspecto,
Con esos nombres,
Que dan á sus cantares
Nuestros autores.

Esa lánguida y triste
Con ojos negros
Que respira pureza
Solo su aliento,
Esa tan blanca
Que al corazón inspira,
Es la *romanza*.

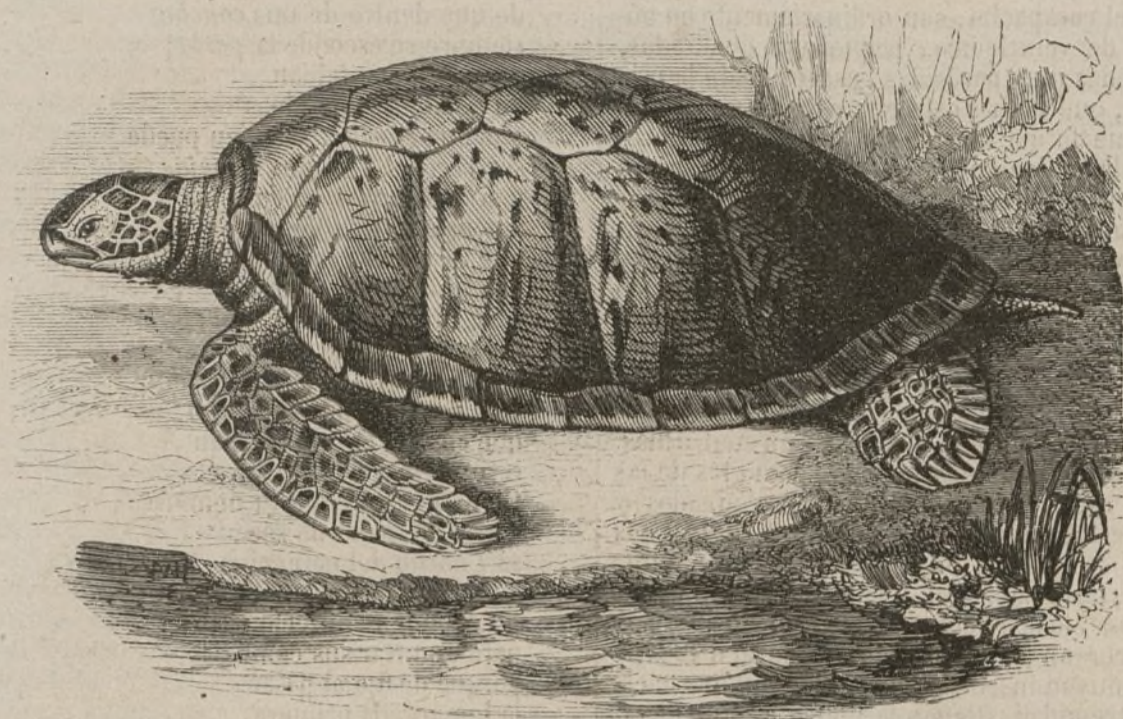
Blanca tambien y rubia
De ojos azules,
Con los labios rosados
Y mirar dulce;
De igual sonrisa,
Es el placer del alma,
La *melodía*.

Ojos negros rasgados,
Sedoso pelo,
Torneada garganta,
Color moreno,
Delgadas cejas
Formando ténues arcos,
Es la *preguera*.

Morena, pelo negro,
Con ojos pardos,
En el mirar altiva,
De ceño airado,
Alta de pecho,
Es el *aria* guerrera,
Es el *allegro*.

Con sonrisa graciosa,
Franca y alegre,
Siempre á los que la miran
Indiferente;
Toda inocencia,
Esa niña parece
La *canzonetta*.

La morena ardorosa
De ojos de fuego,
La que lleva en sus labios
Un dulce infierno,



Los vestidos de los animales.—Gymnopus Spiniferus.

La que marchando
Se mece incitativa,
Esa es el tango.

Mucho mas os diria;
Pero no sigo,
Los tipos principales
Ya los he dicho,
Solo me falta
Que observeis una cosa
Palpable y clara.

La romanza y el tango
Se diferencian
(Me refiero á las niñas)
Solo en la esencia;
Tipos muy bellos
Son los dos, uno al alma,
Y el otro al cuerpo.

Ya lo sabeis, lectoras,
Al punto mismo
Venid, y á cada una
Diré su tipo.
Venid sin falta
Que ya os espero á todas
En cuerpo y alma.

CARIDAD.

Allá en hondo rincon de una vivienda
Húmeda, triste, pavorosa y fria,
Hay un lecho de paja y hay un hombre
Que poco á poco espira.

Su aliento entrecortado y su congoja
Hacen mas espantosa la agonía,
El aire no le cabe ya en el pecho,
Le abandona la vida.

No tiene en este mundo mas esposa,
Mas hijos, mas hermanos, mas familia,
Que la esperanza en Dios: ese gran faro
De lleno le ilumina.

No espera sin razon; desde su trono
El señor ve su estado, y ya le envía
Inspirada por El, por El guiada,
Alma caritativa.

Un sacerdote sabe su miseria,
Sus pasos presurosos encamina

A dar, si puede, su consuelo al pobre
Que tantos necesita;

Y sin miedo al contagio del enfermo
En su lecho de paja se reclina,
Diciendo con dulzura: «Hermano mio,
Dime ¿por qué suspiras?»

Vuelve su torva faz el moribundo
Hacia el ministro del señor, y mira
A su lado una luz tan prodigiosa
Que inunda de alegría.

Se repone un momento, quiere hablarle,
¿Qué dulce confianza al triste inspira
El eco de sus plácidas palabras,
Su célica sonrisa.

Quiere hablarle y no puede, que la muerte
No deja pronunciar la despedida;
Hace un esfuerzo, logra incorporarse,
Sonríe al fin... y espira.

Levanta el sacerdote su cabeza
Y á Dios pide, postrado de rodillas,
El descanso del alma de aquel hombre
Que ha dejado la vida.

Y Dios que le recibe allá en el cielo,
Al buen ministro complacido mira
Y teje una corona de laureles,
Corona merecida;

Porque la caridad ardió en su alma
Y dió consuelo al pobre que moría,
Porque le hizo espirar, dando á sus labios
Una dulce sonrisa.

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

TRAGEDIA.

I.

«Huye conmigo y sé mi mujer, y descansa
sobre mi corazon; cuando estemos lejos, en el
extranjero, mi corazon será para tí la patria y
la casa paterna.

»Si no te vienes conmigo, me muero aquí,
y te quedas sola y abandonada; y en la patria
y en la casa paterna, estarás como en el es-
tranjero.»

II.

Una helada blanca cayó en una noche de pri-
mavera; cayó sobre las tiernas florecillas azu-
les; se han marchitado, se han muerto.

Un jóven amaba á una jóven; ambos huye-
ron en secreto del país, sin saberlo el padre ni
la madre.

Anduvieron errantes algun tiempo, sin te-
ner felicidad ni buena fortuna: se marchitaron,
se murieron.

III.

Sobre su tumba se levanta un sauce, donde
silban los pájaros y los vientos de la tarde, y á
cuyo pie, sobre el verde césped, va á sentarse
el criado del molino con su amada.

Los vientos soplan tristemente, los pájaros
cantan con voz mas dulce y lastimera, y los
amantes, sobrecogidos en medio de su conver-
sacion, permanecen mudos y lloran sin saber
por qué.

ENRIQUE HEINE

A. P.

Son tus ojos dos soles,
y si quisieran
alumbrar cuando el rostro
del sol se ausenta.
Creer harian
que era día la noche
y noche el día.

M. V.

PENSAMIENTOS.

Menester es que uno sea muy dueño de sí
mismo para *discutir sin disputar*. ***

Los niños son mas fisonomistas que los hom-
bres adultos.

Mercier.

Los que escriben como hablan, por bien que
hablen, escriben muy mal.

Bufon.

Los puestos eminentes son como las altas ci-
mas de los peñascos y de los montes: solamen-
te pueden llegar á ellos las águilas y los rep-
tiles. ***

La última de las vanidades del hombre es el
epitafio.

Oxenstirn.

De la palabra que sueltas, serás esclavo; de
la que no profieras serás amo. ***

¿Cuál es la causa de que tantos hombres se
dejen deslumbrar por sofismas? La falta de
principios.

Clemente XIV.

La falsa gloria, y la falsa modestia son los
dos escollos de los que escriben su propia
vida.

De Retz.

La economía es la madre de la largueza.
Madama Geoffrin.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.
—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochno, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pa-
saje de Mathen.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los correspondientes de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos
de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.